

El tesoro

Llevo en mí lo mejor
de mi padre y mi madre, que en mí es vida gloriosa,
y lo mejor del hijo y de la esposa,
y así está en mí todo el amor.
Lo que en mi madre fué belleza
y en mi padre vigor y nobleza,
en la esposa fé segura
y en el hijo ternura,
ilumina mi corazón
con esplendor absoluto,
como la talla que al diamante bruto
en sesenta y seis rayos le da la perfección.

Llevo en mí la Patria entera,
que es una dulzura cordial,
como la miel del panal
lleva en una gota la pradera.
Llevo a los días por claros testigos
de mi honrado y cuerdo afán,
y llevo la amistad de los amigos
como el cesto lleva pan.
Llevo un doblón de luna en mi cofre abierto,
y la cebada del asno muerto
en el saco roto del refrán.

Llevo en la leve nieve de mis cabellos grises
la serenidad de alturas ulteriores.
Llevo la inmensidad del mar y de los países,
como una pompa de jabón los colores.
Y por tu gracia llevo, oh Bien Amada,
ya que alcancé, penando, a merecerla,
en mi amargura desasosegada,
tu cruel amor cicatrizado en perla.
Terrible amor que en lo hondo de su encierro
dió temple de heroísmo a la ventura,
con la viril fidelidad del hierro
que besa hiriendo y que con sangre jura.

Llevo en lo profundo
de mis ojos, millares de soles y estrellas,
con que me revelaron la hermosura del mundo
los días claros y las noches bellas.
Llevo los espíritus esenciales
con que siento dilatarse mi seno
en la felicidad de los rosales
y en tu aroma de sándalo moreno.
Así mi olfato resume
todo el perfume
que supe aspirar;
y como total primicia,
llevo en mi gusto la delicia
del beso, el vino y el manjar.
Fluía por mis cañas rusticanas,
llevo en mi oído toda la armonía;
y en juvenil perpetuidad lozanas,
redondea mi tacto las manzanas
del Edén que de nuevo perdería.
Llevo el ingenio y la filosofía
de los libros que me dieron su ciencia.
Y cuando la borrasca nieva y bufa,
tengo la experiencia
que es la carretada de leña de mi estufa.

Llevo la adversidad
que en mi íntima copa escancia
el bálsamo de la tolerancia
y el elixir de la piedad.
Llevo la constancia,
compuesta de firmeza y de humildad,
como el bronce se forma del estaño y del cobre,
y me llevo a mí mismo como a un hermano pobre
que trabajó sin suerte pero con dignidad.

Misero y rico, yo soy ese tesoro,
como lo eres tú, lector,
con tu pena y con tu amor
que te dan la mirra y el oro.
Por eso es bella la vida

y digna de todo canto,
y por eso valen tanto
tu íntimo diamante y tu perla escondida.

No angusties lo breve de tu vida dichosa,
con el enigma que en la tumba empieza.
Aprende, hojeando el libro de la rosa,
que el destino total de su belleza
la flor lo alcanza con morir hermosa.

La verdad de las rosas es la buena.
Fulgura en su santuario el dios tremendo;
mas todo templo, al fin, se hunde en la arena...
sólo las rosas siguen floreciendo.

No arriesgues tu oro en complicada alquimia.
Sea una noble sencillez tu fuerza.
Y para que tu mosto no se tuerza,
bébetelo todo, antes de la nueva vendimia.
Que una ebriedad ligera tu alma encante
con su llama dichosa y fútil.
La vida es una copa declinante,
que si no apuras, se derrama inútil.

Y esa copa que es lo mejor del tesoro,
así que la hez de su licor te vierte,
se te vuelve completamente de oro,
como toda copa digna de dar la muerte.
Entonces, sobre cuanto has padecido,
y has amado y pecado,
leve como la tarde sobre el prado,
cae el perdón supremo del olvido...

... Y ésa es tu redención. Si has bien amado,
qué más puedes querer que haber vivido.
Sólo el que no amó bien se ausenta triste.
En ti están la victoria y el contraste.
Nadie disfruta el beso que no diste,
ni la ventura que te malograste.

Amar es todo el destino,
todo el bien y todo el arcano.
Y la pasión que te envilece humano,
revela en tu alma lo divino,
como encarna su rayo diamantino
la estrella en el nenúfar del pantano.
Tu humana imperfección da fortaleza
a la misma virtud, con ser divina,
cual siembra, más sabroso en su impureza,
pecas de oro el salvado entre la harina.

El amor es atroz como el infierno,
candente sed, que no deleite blando.
Mas sólo es digno del amor eterno
aquel que sabe condenarse amando.
Deja a los dioses en su paz suprema
o en su olímpico hastío, que ellos también un día,
deponiendo cetro y diadema,
abandonan por Leda o por María.
Es buscarle fondo al abismo
indagar el secreto de la eternidad.
El tesoro se halla en ti mismo
y es amor, dolor y bondad.

De los racimos que el amor te brinda,
te exprimirá más ciencia que los sabios
la que a envidiada esclavitud te rinda,
porque fué generosa de sus labios.

A tu sedienta imperfección sincero,
en la conformidad que nada arredra,
verás cómo el dolor, tenaz pocero,
saca el agua entrañable de tu piedra.

Y la última bondad de tu alma pía
será cual la hoja, que marchita ya,
cae, alfombrando de oro todavía,
la senda en la que nunca volverá.

Leopoldo Lugones

(La Nación, Buenos Aires)